

Las falacias del historiador

David HACKETT FISHER¹

Traducción de Eva Aladro

RESUMEN

El autor describe con gran acidez humorística los vicios y fallos más comunes, pero no por ello más conocidos, del oficio del historiador. Sus hallazgos en este sector son extrapolables a otros sectores de la actividad científica y creativa, donde muchos escritores y autores caen en las mismas falacias con presunción, falta de tacto, inseguridad y falta de rigor por .

ABSTRACTS

L'auteur décrit avec maîtrise des falacies et erreurs typiques du métier de l'historien. Ce sont des erreurs très communs mais pas très reconnus, et on peut les trouver aussi bien dans d'autres secteurs de l'activité scientifique et créative, où les mêmes falacies sont utilisés avec vanité, manque de tacte, d'insécurité et manque de rigueur par de nombreux écrivains et auteurs.

Der Autor beschreibt humorvoll die nicht gut bekannt aber sehr generäle Fehler im schriftliche Geschichte. Die sind sehr alltägliche aber weniger

¹ William HACKETT FISHER es profesor de la Brandeis University. Además de *Historian's Fallacies*, ha publicado *Growing Old in America*. Oxford University Press, 1978; *Albion's Seed: Four British Folkways in America*. Oxford University Press, 1989; *Paul Revere's Ride*. Oxford University Press, 1994; *The Great Wave: Price Revolution and the Rhythm of History*. Oxford University Press, 1996.

analysierte Fehler, die man kann auch in andere wissenschaftliche und kreative Felde finden, wo diese betrühtige Sätze gemacht sind immer wenn der Autor unsicher, weniger exakt oder stolz über seine Werke ist.

PALABRAS CLAVE: Falacia histórica, generalización, tautología, vicios del historiador.

KEY WORDS: Historical falacy, generalization, tautology, mistakes of the historian.

La falacia de las cuestiones ficticias es una vieja forma de error que recientemente ha sido elevada a método explícito y proclamada ante el mundo como una entera novedad en la investigación histórica. Consiste en intentar demostrar por un método empírico lo que pudo haber pasado en la historia, como si realmente aquello hubiera ocurrido de verdad: el tipo de cosa que Philip GUEDALLA y otros hicieron, en un libro titulado *Si, o la Historia Reescrita* libro en el que los autores rumiaban sobre lo que pudo haber sido si la bala de BOOTH hubiera errado el blanco, si el carro de DROUET se hubiera atascado, o si NAPOLEÓN hubiera escapado a América, o si los Árabes hubieran ganado en España, o LEE en Gettysburg, o si BYRON hubiera llegado a Rey de Grecia.

La falacia de las cuestiones encontradas es aquel intento de revisión que se queda meramente en una inversión insensata de una interpretación anterior y la reiteración de sus asunciones fundamentales. Se ha dicho que hay dos maneras de manifestar la sumisión intelectual a otra mente: la imitación servil y la refutación obsesiva. Ambas formas de servilismo son lamentablemente comunes en el campo de la historiografía. Conforme se hace cada vez más respetable el revisionismo, y se va convirtiendo incluso en un requisito previo para la carrera académica, un número creciente de historiadores se entregan a la segunda forma de esclavitud.

Todos hemos experimentado alguna vez la presencia de esas mentes que «no se mueven con sus ruedas propias, sino sólo a remolque» como criticaba Robert HALL del infortunado Dr. CHALMERS². Hay una minoría que cree seriamente que todas las mentes trabajan y deberían trabajar de esta manera. Un joven historiador radical americano, el prof. Eugene GENOVESE, que generalmente está bien dispuesto a la dialéctica, parece pensar que los historiadores,

² William Gerard HAMILTON, *Parliamentary Logic*, Cambridge; Courtney S. KENNY, 1927, p. 82.

como los abogados, deben operar por el método adversativo. Asume la elocuente afirmación de SANTAYANA según la cual «lo que mata las ficciones espontáneas, lo que reprime a la apasionada imaginación de sus improvisaciones, es la airada voz de una fantasía opuesta. La naturaleza, engañándonos silenciosamente durante toda nuestra vida, nunca nos devolverá nuestra cordura; pero las afirmaciones más alocadas de la mente pueden conseguirlo cuando se ponen en duda unas frente a las otras. La crítica surge del conflicto entre los dogmas»³.

Probablemente esto es falso. Un debate entre dos lunáticos acalorados no asegura que al final triunfará la razón. Una discusión entre dos mentirosos patológicos es un improbable camino a la verdad. Una conversación entre locos difícilmente abocará a la victoria de la sabiduría. Los métodos adversativos puede que sean apropiados en el juzgado, donde el objetivo es la consecución de la justicia, pero son inapropiados en las aulas, donde el propósito es el refinamiento de la verdad. Una lucha entre dos exponentes acérrimos de X e Y no ayudará nada si Z era en realidad la cuestión, como suele pasar. Y entre X y no-X la diferencia es meramente de una cifra, de una nulidad, de cero.

Pero hay algo más específicamente deficiente en las cuestiones enfrentadas. Si la cuestión original, que está siendo atacada, está mal, entonces sus asunciones básicas probablemente son erróneas. Una versión contraria, con su irreflexiva inversión de la cuestión original, tiende a repetir las asunciones originales, con todos sus errores de base, y con ello a perpetuar el error. Las cuestiones encontradas repudian las conclusiones y reiteran las premisas. La revisión que resulta es objetable no porque sea revisionista, sino porque su revisión es incompleta y superficial.

Hay muchos otros ejemplos historiográficos de la falacia de las cuestiones enfrentadas e indudablemente, algunos grandes y útiles: BURCKHARDT y HUIZINGA, TAWNEY y TREVOR-ROPER, WEBER y sus muchos críticos, HEGEL y MARX, los historiadores liberales ingleses y los Namieritas, los amigos y enemigos de la revolución francesa, los creadores de la «leyenda negra» española en la historiografía hispanoamericana, y los que respondieron con un borrón y cuenta nueva. En la historia americana uno recuerda a PARRINGTON y Perry MILLER en el siglo XVII, a Thomas JEFFERSON WERTENBAKER y a Wilcomb WASHBURN en la Virginia del XVII, la interpretación liberal de la revolución americana y la Escuela Imperial, Henry CABOT LODGE y Edward CHANNING en la política de la primera república, TURNER y ABERNETHY sobre la frontera, FISKE y JENSEN sobre el «período crítico», ULRICH PHILLIPS y KENNETH STAMPP sobre la esclavitud y otros muchos que no podemos mencionar.

³ Eugene D. GENOVESE, *La Economía Política de la Esclavitud*, Nueva York 1965, p. 11.

En cada una de esas parejas historiográficas el segundo autor o grupo es culpable de la falacia de la cuestión encontrada. En muchos casos su trabajo ha sido una mejora de lo que anteriormente se dijo o hizo, pero hubiera sido mejor aún si se hubieran evitado las cuestiones encontradas y se hubieran estudiado los problemas sin permitir que las asunciones establecidas y los problemas planteados anteriormente limitaran la investigación.

La falacia de las cuestiones tautológicas es el encuadre de las cuestiones de tal manera que resultan verdaderas por definición y no pueden ser contradichas empíricamente sin producir una auto-contradicción. Una cuestión tautológica no es una cuestión en absoluto, sino una declaración. Además es doblemente declarativa, pues no pregunta nada y afirma la misma cosa dos veces.

Hay tres variedades comunes de cuestiones tautológicas en la historia escrita. La primera y más común es la proposición simple de que todas las cosas que son P son efectivamente P. La famosa primera ley de Calvin COOLIDGE de la Economía Política es un ejemplo familiar. «Cuando las personas no tienen trabajo», se dice que el autor afirmó, «se produce el desempleo». Pero la segunda ley de COOLIDGE no es tautológica, aunque pueda parecerlo. «El negocio Americano son los negocios», dijo, lo cual es un equívoco. «Negocio» se usa aquí en dos diferentes sentidos para sostener el argumento de que el primer interés de América debería ser el capitalismo.

Un ejemplo historiográfico de esta forma simple de «P es P» es un artículo sobre el radicalismo publicado el 18 de junio de 1961 por Eric GOLDMAN en *The New York Times*. GOLDMAN se preguntaba: «¿Por qué algunos agitadores espectaculares sacan adelante su causa, mientras otros no lo hacen?». Ante un público de miles de lectores, el autor gruñía y se retorció en su lecho de agnía conceptual para finalmente, con gran profusión de adjetivos grandilocuentes, sacar de su magín la siguiente hipótesis: «Todos los agitadores radicales, para tener éxito, deben hacer historia» (pp. 10-11). Si la expresión «hacer historia» significa alguna cosa, será precisamente un sinónimo del éxito. Y si es así, la profundidad de miras del Sr. GOLDMAN consiste en una proposición hipotética que afirma: «todo agitador radical, para tener éxito, debe tener éxito».

Otro ejemplo del mismo tipo de error aparece en *El auge del Puritanismo*, distinguida obra de síntesis creativa de William HALLER. Una de sus tesis principales es sin embargo una proposición «P es P». «La causa del desarrollo sucesivo de las tendencias centrífugas del Puritanismo», escribe el Sr. HALLER, «fue el apoyo puritano al individualismo religioso en el curso de la democratización acelerada de la sociedad inglesa». Una crítica detallada de este trabajo ha mostrado que dada la definición de HALLER «casi llega a afirmar

que el individualismo fue la causa del auge del individualismo en condiciones favorables al individualismo»⁴.

Un segundo tipo de tautología consiste en la proposición de que todas las cosas que son P y Q son P. Por ejemplo: «todos los vagones rojos son rojos». El Dr. Benjamin SPOCK con cierta dureza recuerda a las madres estadounidenses que «todos los bebés son jóvenes» (*N de T.*: la expresión «young baby» para dirigirse a un bebé es común en inglés). El Dr. BARRINGTON recuerda solemnemente a los conservadores americanos que todo cambio radical revolucionario es violento, afirmación que parece bien en una primera impresión. Pero la idea de BARRINGTON MOORE de una revolución radical considera la violencia como un rasgo central y selectivo. Señala el capítulo más sangriento de la historia estadounidense, la guerra civil, como el más revolucionario, e ignora otros períodos y procesos que fueron más revolucionarios, y también más radicales en sus efectos, pero menos violentos, o incluso pacíficos, en sus desarrollos. Así el argumento de MOORE se convierte en la hipótesis de que «todo cambio violento revolucionario es violento». Para adelantarme a una acusación de maltrato ideológico, me apresuro a añadir un ejemplo conservador. El Presidente William MCKINLEY declaró una vez que «nuestro pasado había pasado a la historia» en un discurso pronunciado el 30 de abril en Memphis, Tennessee, y que fue el último que pronunció antes de pasar él mismo a la historia.

La tautología «Todas las cosas que son P y Q son P» debe distinguirse claramente de «Todas las cosas que son P son P y Q», que es tautológica en su primera parte, «P es P», pero que supera la mera tautología. Consideremos la afirmación atribuida a MARSHAL TURENNE, «Quien jamás ha cometido errores en la guerra jamás ha hecho la guerra», que no es igual que la afirmación «Quien comete errores en la guerra hace la guerra» o «Quien comete errores en la guerra comete errores».

Se ha aducido alguna vez que todas las hipótesis, o al menos las hipótesis explicativas, son tautológicas⁵. Seguramente esto es un error. La generalización explicativa de Crane BRINTON, según la cual las revoluciones sociopolíticas tienden a ocurrir en sociedades relativamente prósperas, progresistas y «superiores económicamente» no es una tautología. La hipótesis causal explicativa de Pieter GEYL de que la diferencia entre los flamencos y los holandeses no fue causada por diferencias raciales sino por «la situación geográfica de Holanda» no es una tautología. La hipótesis paradigmática explicativa de

⁴ HALLER, W., *The Rise of Puritanism*, 2d ed., New York, 1957, p. 179; SCHLATTER, RICHARD, «The problem of causation in some recent studies about English revolution», *Journal of the History of Ideas* 4 (1943): 364.

⁵ Eugene J. MEEHAN, *Explanation in Social Sciences: A System Paradigm* (Homewood, 1968:67).

MAX WEBER, de que existe una interacción funcional entre la ética protestante y el espíritu del capitalismo no es una tautología. Una hipótesis teórica explicativa como la teoría cuantitativa del dinero, en la forma de una aserción de que, siendo todas las condiciones iguales, el valor del dinero es directamente proporcional a la cantidad de dinero y a su velocidad de circulación, no es una tautología. Todas estas hipótesis pueden ser correctas o equivocadas, pero no son tautológicas. Pero insistir, como algunos filósofos de la historia analíticos han hecho, en que no son explicaciones *es en sí mismo* una tautología.

La falacia de las cuestiones contradictorias es el establecimiento de una cuestión que es falsa por definición y se contradice a sí misma. Si la cuestión de perogrullo es una tautología, la cuestión contradictoria es una trampa.

Podemos poner un ejemplo hipotético simple. Un ensayista pregunta brillantemente: «¿Qué ocurrió *verdaderamente* aquel verano de 1422 cuando, como todo escolar sabe, una fuerza irresistible chocó con un objeto inamovible?». La cuestión es contradictoria, porque si hay fuerzas irresistibles no puede haber objetos inamovibles. Pero nuestro ensayista no se arredra. Con florilegios de guiones y exclamaciones continúa, «Les diré lo que pasó en realidad en el horrible y cálido verano de 1422, cuando una fuerza irresistible chocó con un inamovible objeto: ¡hubo una colisión infernal!».

Esta forma de error se encuentra a veces en los ensayos exaltados que estaban tan de moda entre los historiadores de la generación más antigua, quienes se metían sin querer en predicados imposibles al enunciar cuestiones contradictorias y luego se escabullían eludiendo la solución. El objetivo era, creo, aparentar que la escritura histórica era dificultosa (y así magnificar el aparente talento del historiador) a través de un método que resulta imposible.

Pienso sobre todo en las piezas de virtuoso de A. J. P. TAYLOR, el PAGANINI de la prosa histórica, a quien le encantaba abrir un ensayo con una paradoja y terminarlo con una *petitio*, o bien comenzar con un puzzle irresoluble y acabarlo con una adivinanza insidiosa. Uno de sus ensayos comienza con la frase, «¿Cómo escapó el continente europeo a la unificación política?» (Objeto inamovible). «Todo en Europa parecía pedirle a gritos» (Fuerza irresistible). El Sr. TAYLOR procede a tratar su difícil problema rechazando ambas dos de sus premisas mayores. Con oscura lógica, pero con brillante despliegue de artificios retóricos, arguye que la fuerza irresistible no era tal fuerza y que el inamovible objeto en realidad se estaba moviendo. Y culmina su ejercicio con una conclusión que es ella sola tan perversa como sus premisas: la unificación, cree el Sr. TAYLOR, no llegó «al más uniforme de los continentes», porque «la más unánime repulsa de la uniformidad se daba en todos los habitantes europeos»⁶.

⁶ A. J. P. TAYLOR, «Napoleón y Gante», en *From Napoleon to Lenin: Historical Essays*, New York, 1966, pp. 12-20.

Mr. Taylor la vuelve a hacer en un famoso ensayo sobre NAPOLEÓN III. Comienza con una protesta convencional de cómo cuanto más sabemos de NAPOLEÓN III, menor es en realidad nuestro conocimiento de él. «Cuanto más disfraces desgajamos, más disfraces aparecen. Así fue Louis NAPOLEÓN, un hombre de misterio. Conspirador y estadista, soñador y realista, déspota y demócrata, hacedor de guerras y hombre de paz, creador y desbaratador, y podemos continuar indefinidamente...»⁷.

La falacia de las cuestiones «potencialmente verificables» consiste en la idea errónea y equívoca de que existe una división de trabajo tanto posible como deseable, entre historiadores que identifican hipótesis que pudieran ser probadas y otros historiadores que verdaderamente las prueban. El error de este método reside en intentar separar dos partes independientes en un proceso que en realidad es único. Este intento de división de la historia en una parte «teórica» y otra «experimental», al igual que la Física, empobrecería tremendamente ambos aspectos del trabajo del historiador.

Plantear cuestiones es una tarea que no puede separarse de la respuesta a las mismas, pues ninguna hipótesis puede demostrarse como potencialmente verificable excepto en el grado en que haya sido parcialmente verificada. Cuando un historiador dice: «Tengo razones para creer que la cuestión sobre si fue X o Y lo que ocurrió, puede contestarse», quiere indicar que tiene alguna evidencia de que X o bien Y fue lo que ocurrió, si bien su evidencia es incompleta o inconclusiva. Además, es tan vastamente complejo el proceso de verificación, tan profundamente impredecibles los obstáculos que se encuentran en su camino, y tan íntima la relación funcional entre el diseño de la cuestión y el intento de resolverla (y refinarla) que ambos procesos no pueden separarse, excepto a un alto precio en la calidad de la conceptualización y de la investigación que se lleva a cabo.

Esta verdad no es preciso enseñarla a los historiadores que trabajan, y que la conocen por amargas experiencias. Pero quizás es una lección que ellos pueden inculcar a una disciplina hermana. En 1949, un sociólogo eminente escribió a sus propios colegas que «los sociólogos (entre los que se incluía) pueden discutir los criterios lógicos de las leyes sociológicas sin citar un sólo ejemplo que satisfaga plenamente dichos criterios»⁸.

La afirmación del profesor MERTON se aplica con gran exactitud a la Sociología actual incluso más que hace veinte años. Su disciplina se ha convertido en la menos empírica que pueda darse, menos incluso que en su origen. «La debilidad de mucho pensamiento sociológico me parece que tiene que ver» dice un historiador inglés, «con hacer la maleta (o incluso con la elabora-

⁷ «The Man of December», *ibid.*, pp. 76-81.

⁸ MERTON, R. K., *Teoría y Estructura Sociales*, Glencoe, 1949, p. 92.

ción de una gran teoría sobre cómo se debe hacer la maleta) para un viaje que no se ha emprendido jamás»⁹.

Quejarse de que los sociólogos han tendido a cometer la falacia de las cuestiones «potencialmente verificables» no es, de todos modos, una invitación al combate a puñaladas interdisciplinario, del cual nada bueno puede resultar. El fino epigrama de E. H. CARR puede repetirse muchas veces: «Cuanto más sociológica sea la Historia y cuanto más histórica sea la Sociología, mejor será para ambas. Que la frontera entre ellas permanezca abierta al tráfico de doble sentido»¹⁰. Pero esperemos que ese tráfico de doble sentido circule siempre por el lado derecho de la carretera. Si la Historia Sociológica y la Sociología Histórica se conciben como una combinación de la sofisticación conceptual de los mejores sociólogos y del tenaz y a menudo no dirigido empirismo de los mejores historiadores, entonces la perspectiva es muy alentadora sin duda. Pero también podemos imaginar un esfuerzo interdisciplinario que combine lo peor de ambas materias, la estupidez de los historiadores y la ignorancia de los sociólogos.

Esta infortunada tendencia aparece en el trabajo inicial del Profesor Lee BENSON, historiador que ha tendido a tomar prestados los vicios de otras disciplinas y a rendir las virtudes de la suya propia. Entre sus préstamos de la Sociología ha sido prominente la idea de la cuestión «potencialmente verificable», que elevó a método explícito y la que urgió a sus colegas para que la usaran como nueva herramienta de la investigación histórica¹¹. Felizmente este consejo, bien intencionado pero mal fundamentado, no ha sido escuchado, ni siquiera por historiadores que han adoptado algunas de las sugerencias más constructivas del profesor BENSON. Tendremos ocasión, más adelante, de considerar la lacra que su erróneo método ha causado en su propio trabajo.

La falacia prodigiosa confunde sensación con significado. Es la idea errónea de que la tarea del historiador es describir portentos y prodigios, y sucesos maravillosos, estupendos, fantásticos, extraordinarios, superlativos, asombrosos y monstruosos —y más aún, cuanto más maravillosos, estupendos, etc.—, más históricos y significativos resultarán. Este absurdo criterio de significación es más viejo que la historia misma. HERODOTO, el «padre (putativo) de la historia», (abuelo sería más correcto), compuso su gran obra bajo la explícita asunción de que un historiador debe entretener a sus lectores con cuentos de «maravillas verdaderas». El resultado es una tensión perpetua en su trabajo entre lo que fue verdaderamente y lo que fue maravillo-

⁹ Alfred COBBAN, *The Social Interpretation of the French Revolution*, Cambridge, 1964, p. 23.

¹⁰ E. H. CARR, *¿Qué es Historia?*, p. 84.

¹¹ Lee BENSON, «Research problems in American Political Historiography», en Mirra Komarovsky, ed., *Common Frontiers of the Social Sciences*, Glencoe, 1957, pp. 113-81.

so, tensión que es profundamente disfuncional con la historicidad de su interpretación¹².

Hoy en día esta forma de error está extensamente difundida en los medios de masas. Los periodistas usan la palabra «histórico» para describir los terremotos, huracanes, incendios, riadas, funerales de estado, tifones, catástrofes ferroviarias, nacimiento de quintillizos, viajes transatlánticos en canoa y otras curiosidades o catástrofes que son grandemente notorias por el afortunado hecho de que ocurren rara vez, o que no ocurren nunca.

Los reportajes de la guerra de Vietnam están colmados de falacias de este tipo, conocidas para sus perpetradores como «síndrome del comandante de batallón de zurdos». Un periodista explica: «era una consecuencia de la desesperación del periodista por diferenciar una operación militar de otra. Se hacía un enorme esfuerzo para establecer si era la «primera», la «principal» o la «última» en el titular de la noticia. Y se decía que el titular clásico triunfal para un no-sucedido hipotético de una operación infructuosa (*sic*) sería que un comandante de un batallón de zurdos «por primera vez» los había llevado a combate»¹³.

Uno espera ver este tipo de cosas en las páginas deportivas, donde la historia la hace un delantero derecha, o los componentes de la Liga de Texas en diez minutos de juego, o una incursión en campo contrario. Pero de alguna manera es siempre sorprendente encontrar en la página editorial de *The New York Times* estas falacias, cuando se consideró durante meses la fuga de la hija de STALIN como uno de los acontecimientos «históricos» del siglo. Y más desconcertante aún oír a un buen periodista e historiador como William MANCHESTER decir, que «la abdicación del rey Eduardo VII (*sic*) ...era el mayor suceso histórico desde la Resurrección»¹⁴.

La falacia furtiva es la errónea idea de que los hechos de especial significación son oscuros y sucios por naturaleza, y que la historia misma es un relato de causas en su mayoría insidiosas y resultados mayormente injustos. Parte de la premisa, de que la realidad es una cosa sórdida y secreta; y que la historia ocurre en las trastiendas pasada la medianoche, o en un salón lleno de humo, o en un gabinete perfumado, o en un ático de ejecutivo o en algún rincón del santuario Vaticano o en el Kremlin, o en la Cancillería del Reich, o en el Pentágono. Es algo más o algo distinto a la teoría conspiratoria, aunque esta forma de reducción causal es un componente común a ambas. La falacia furtiva es un error más profundo, pues combina una asunción epistemológica

¹² *The History of Herodotus*, Trans George Rawlinson, ed. Manuel Komroff, N.Y., 1956, pp. 36, 134, 149, 187, 213, 267.

¹³ WARD, S. Just, *To What End?* Boston, 1968, p. 15.

¹⁴ Citado en John CORRY, *The Manchester Affair*, (Nueva York, 1967).

infantil de que las cosas nunca son como parecen, con una férrea adhesión a la doctrina del pecado original.

Hay un poco de la falacia furtiva en cada uno de nosotros, suficiente para suscribir la observación de Ralph Barton Perry, de que «los hechos, como los BARTON PERRY pecadores, ganan algo con una reputación indeseable»¹⁵. Pero hay personas que almacenan más falacias que otras. Y cuando llegan a un nivel excesivo, deben consultar a un psiquiatra. En una forma extrema, la falacia furtiva no es solamente un error intelectual, sino una enfermedad mental comúnmente llamada paranoia¹⁶.

A veces la paranoia es una enfermedad epidémica. Hay períodos en el pasado en que los hombres enloquecían en grupo, y su locura tomaba precisamente esta forma. A veces, tales crisis han sido seguidas de grandes cataclismos. Esta relación de causa efecto es confusa, pero parece claro que existe una significación sintomática. Si es correcta, entonces no hay nada más ominoso que el predominio de falacias furtivas en todo el campo ideológico. Pruebas son el asombroso éxito de MACBIRD, el tono de la campaña de Axel SPRINGER, y la miscelánea de temores de actos furtivos de soldados o de estudiantes, de negros o de judíos, de comunistas o de capitalistas, de la mafia, los maóístas, el clan KENNEDY, el presidente JOHNSON, el general DE GAULLE, y muchos otros. Hombres razonables de todas las creencias tienen interés y obligación en oponerse a esta fea tendencia. La falacia furtiva tiene una cualidad auto-realizada. La gente que cree en ella comienza a actuar furtivamente. Nada es más peligroso para la paz del mundo o más deletéreo para el progreso de la humanidad.

La falacia furtiva, de todos modos, no es nada nuevo en el mundo. La circular historia de este engaño nos lleva hasta las grandes traiciones homéricas y más atrás. Podemos retroceder sólo sesenta años más o menos, hasta los periodistas muckrakers de la «era progresista» norteamericana. Si Richard HOFSTADTER está en lo cierto, operaban bajo la asunción de que la realidad era «sórdida y dura». «Estaba oculta, olvidada, y excluida... la realidad eran los sobornos, las venganzas, la franquicia comprada, la venta de comida adulterada... la realidad era una serie de tramas inconfesables, de iniquidades personales y de tachas morales»¹⁷.

La falacia cuantitativa es la forma última de insignificancia, que consiste en la idea de que los hechos que se cuentan son los que más cuentan. No debe confundirse con el método cuantitativo, una importante herramienta, usada

¹⁵ Ralph BARTON PERRY, *Puritanism and Democracy*, N.Y., 1944, p. 53.

¹⁶ Por supuesto, no quiero sugerir que los historiadores cuyas obras ponemos como ejemplo de este tipo de error sean paranoicos. La idea, más bien, es que la falacia que aparece en su pensamiento se ha convertido a veces en paranoia en la mente de otros.

¹⁷ Richard HOFSTADTER, *The Age of Reform*, Vintage, New York, 1960, pp. 201-2.

largamente por historiadores y en proceso actual de refinamiento revolucionario¹⁸. «Cuantificar» es simplemente contar; «cuantificadores» son por tanto los escolares que aprenden los Cinco Puntos del Calvinismo con los dedos de su mano, como los profesores que emplean sofisticadas técnicas de análisis regresivo y un ordenador IBM. Seguramente ninguna persona razonable negará que el recuento ha sido siempre útil en la investigación histórica, y que seguirá siéndolo, y que todo historiador debería contar lo máximo que pueda a través del método estadístico disponible más avanzado.

Pero la falacia cuantitativa es algo más: es un criterio de significación que asume que los hechos son importantes en la medida en que son susceptibles de cuantificación. Hay un epigrama, atribuido apócrifamente a Lord KELVIN, que dice: «todo lo que existe, existe en cantidad». Los cuantificadores entusiastas han enmendado la frase de Lord KELVIN para afirmar: «A menos que una cosa pueda ser medida cuantitativamente, no existirá significativamente». Ahí reside la falacia.

Hay muchas cosas significativas en el mundo que nadie sabe cómo medir. Quizás algún día pueda alguien hacerlo. Pero mientras tanto, debemos constatar su existencia. Muchos problemas ideacionales y emocionales, que están en el corazón de los problemas históricos, no pueden entenderse en términos cuantitativos. Moverse hacia la periferia, porque allí sí se pueden medir las cosas, es ser como el hombre en la parábola de Abraham KAPLAN.

«Hay una historia» escribe KAPLAN, «de un borracho buscando bajo una farola la llave de su casa, que se le ha caído bastante más allá. Preguntado por qué no mira allí donde se le ha caído, responde: «¡es que aquí tengo más luz!»

La falacia de la generalización insidiosa la comete un historiador que jura una y otra vez que no generalizará sobre el tema que está tratando, y después procede a calzar a su trabajo una generalización tras otra, sin reconocer su existencia ni controlar su contenido. Un ejemplo es H. A. L. FISHER, historiador académico que en el prefacio a uno de sus libros escribió lo siguiente: «Se me ha negado, sin embargo, una emoción intelectual. Hombres más sabios y entendidos que yo han sabido discernir en la Historia una trama, un ritmo, un patrón predeterminado. A mí tales armonías me están vedadas... Yo sólo puedo ver...grandes hechos únicos, al respecto de los cuales, por ser únicos, no pueden darse las generalizaciones...»¹⁹.

¹⁸ Para ver formas tempranas de cuantificación, A. Lawrence LOWELL, «The Influence of Party Upon legislation in America», *American Historical Association*, Annual report 1901, 319-542, análisis con encuestas de la regularidad de partidos en el Parlamento Británico en 1836-1899 y en el Congreso Estadounidense en 1844-1899. En las discusiones profesionales sobre la cuantificación ha existido una gran insensatez en cuanto a la novedad del método, y una asombrosa falta de perspectiva histórica.

¹⁹ FISHER, L. A., *Historia de Europa*, 3 vols., Londres, 1935, 1.

Esta afirmación es seguida por un considerable número de generalizaciones, algunas de las cuales son tan absurdas como la declaración evasiva que las precede. «El imperio ateniense, brillante progreso de dos generaciones, compartió el destino común a los estados que se levantan gracias a la represión de las libertades locales», escribe FISHER. Y otra: «Es característico del politeísmo el ser tolerante» Y otra más: «Los hombres, una vez embarcados en el océano de la lucha política, son fácilmente llevados más allá de donde pretendían»²⁰.

Puede notarse, en la declaración del prefacio de FISHER, una confusión común en la mente del autor, entre las generalizaciones que conciernen a la Historia completa y las generalizaciones sobre un fragmento limitado de la misma. Un buen montón de historiadores, creo, han condenado ambas cosas a la vez.

La falacia de la generalización insidiosa aparece comúnmente en una forma incluso más insidiosa que en los casos de FISHER. Los historiadores impresionistas, que arremeten duramente contra la cuantificación y sus tendencias deshumanizadoras, son prontos a utilizar las palabras «unos pocos», «algunos», «la mayoría», «muchos», «singular», «típico», «excepcional», «común», «acostumbrado», «normal», «regular», «recurrente», «periódico», «extendido», «frecuente» y muchas otras. Estos términos implican números, y los números requieren recuento. Y sin embargo se usan sin cuantificación, por profesores que creen que cuantificar no es parte de su trabajo. La inexactitud de mucha Historiografía impresionista es el resultado inevitable de esto. Otros historiadores hacen afirmaciones en las que incluso esas palabras están implícitas. Los resultados aún son peores. Tan común es esta forma de error, que el lector puede tomar casi cualquier obra histórica por sí mismo y consultando casi cualquier página, hallará un ejemplo de la misma.

La falacia de la generalización reversible es lo opuesto a muchos errores de este capítulo, una generalización estancada, en lugar de una precipitada, una infra-afirmación, en lugar de una exageración. Es una especie de escarceo interpretativo, que en su forma extrema deja de ser interpretación en absoluto, para convertirse en un laberinto de calificaciones mutuas o un equilibrio astuto de contradicciones casuísticas, o en una selva sin senda de detalles puntillosos o en un resbaloso pantano de substantivos (también semánticamente) vacilantes.

La falacia anticuaria es la opuesta al presentismo, y bastará una nota para describirla. Un anticuario es un recolector de hechos muertos, que va rellenando con serrín y que por separado almacena en vitrinas. A menudo es un señor (o señora) de respetables orígenes que está profundamente alejado del

²⁰ Ibid., 32, 45, 67.

presente. El pasado le sirve de santuario ante el sórdido mundo que ni acepta ni entiende. Su matriz al respecto del pasado tiene el siguiente aspecto:

	<i>Tiempo</i>	<i>Sucesos pasados</i>
<i>(Pasado)</i>	1	A B C D
	2	B C D
	3	C D
	4	D
<i>(Presente)</i>	5	\$ % & = ÷ ÷ ÷ ++

En el Ateneo de Boston puede uno ver a rebaños de viejecitos como pajarrillos, que anidan en altas pilas de papel amarillento y que incuban sus memorias y mitos en monumentales *Vidas-y-Obras*. En todas las librerías municipales de Nueva Inglaterra hay probablemente una virgen puritana, reseca y encogida por sesenta inviernos de Massachussets y envuelta adecuadamente en paño negro, que ha estado trabajando los últimos veinte años en la historia de su ciudad natal desde 1633 hasta 1933, cuando Franklin ROOSEVELT inició su carrera y la Historia llegó a su fin. En la Sociedad Histórica de Maryland podemos encontrar a un coronel retirado, impecablemente vestido, con la Estrella de Bronce en un ojal y la Roseta de la Compañía de Coleccionistas Militares en el otro, que está escribiendo una monografía sobre la ropa interior en el Ejército Continental. En la Sociedad Histórica Judía habrá un caballero anciano trabajando en un artículo titulado: «Un Turista Judío en la Batalla de Bladensburg». En la Biblioteca Pública de Nueva York habrá un desecado cura de provincias, con su traje oxford negro y sus calcetines de deporte blancos, que trabaja en la historia de la denominación de su condado, desde la guerra del Rey William hasta la Paz de Ghent, para publicar en dos volúmenes de octavo, ilustrados. Tres años atrás, la Editorial de la Universidad de Oklahoma publicó un libro de un geólogo especialista en petróleo que dice poseer la más grande colección privada de alambre de espino, la cual parece que atesora en el más propio espíritu del anticuario²¹.

La falacia interminable hace de dos palabras una larga historia, o de una larga historia todavía una más larga de lo que debiera. Es una forma temporal de falsa extrapolación —un camino de desarrollo que se extiende más allá del punto decisivo.

Un ejemplo familiar es ese omnipresente cliché de la historiografía moderna europea, el «auge de la clase media». Este grupo social ha sido considera-

²¹ Francis T. y Henry D. McCALLUM, *El Alambre que Ceró el Oeste* (Norman, Okla., 1965).

do emergente en todos los períodos posibles del siglo XII al XX. Se ha usado para explicar el Renacimiento y la Reforma, para entender el Absolutismo y el Liberalismo, la monarquía y la república, el conservadurismo y el radicalismo, el nacionalismo y el internacionalismo, el romanticismo y el racionalismo, el fascismo y el comunismo, la revolución comercial, la revolución empresarial, la agrícola, la industrial, la revolución puritana, la revolución americana, la revolución francesa, la revolución rusa...

Si la clase media hubiera efectivamente emergido con tanto poder como presentan, debería hoy en día incluirse en el campo jurisdiccional de los astrónomos, los únicos que pueden mensurar ascensiones tan continuadas con sus potentes instrumentos.

Seguramente este risible fenómeno no precisa más explicación. Pero el lector interesado puede examinar el infortunado libro de Louis B. WRIGHT llamado *La Cultura de la Clase Media en la Inglaterra de Elizabeth* (Chapel Hill 1935) y la excelente crítica de J. M. HEXTER, titulada «El Mito de la Clase Media en la Inglaterra Tudor». Wright encontró una conexión interactiva muy íntima entre el auge de las clases medias y el auge de los Tudor, dinastía reconocidamente «burguesa». HEXTER se queja con derecho de la naturaleza tautológica de la tesis, según la cual todo aquel que parezca estar emergiendo pertenece a la clase media. Hexter se pregunta no solamente si de verdad estaba emergiendo la clase media en la Inglaterra Tudor, sino si realmente existía esa clase de algún modo significativo. Asegura que «hay poca evidencia, pues, de que el período Tudor fuera testigo de desarrollo alguno de una conciencia de clase en la burguesía, o de orgullo de grupo, o deseos de poder», y que no hay pruebas de que los monarcas de dinastía Tudor favorecieran el comercio de modo especial, o que manifestaran características «de clase media» de algún modo inteligible»²².

La falacia del post hoc, propter hoc es la errónea idea de que si un suceso B ocurrió después de un suceso A, ocurrió por causa del suceso A. Un ejemplo es el que nos llega de una pasajera del buque italiano «Andrea Doria». En la noche fatal de la colisión del «Doria» con el barco sueco «Gripsholm», en las costas de Nantucket en 1956, la dama se retiró a su camarote y encendió una lámpara. Repentinamente hubo un gran choque y estruendo metálico, y pasajeros y tripulación salieron corriendo por los pasillos del barco. La mujer salió de su camarote y explicó a la primera persona que se encontró que ¡había debido accionar sin querer el freno de emergencia!²³.

Hay muchas falacias *post hoc* en el ámbito histórico. Considérese, por ejemplo, un problema interpretativo mayor, la derrota de la Armada españo-

²² HEXTER, *Reappraisals in History*, p. 99.

²³ Alvin Moscow, *Collision Course*, Nueva York, 1959, p. 85.

la en 1588. Algunos estudiosos han sugerido que este suceso causó el declive del imperio español y el ascenso del británico. Pero Garrett MATTINGLY replica que «es difícil verlo de ese modo. En 1603 España no había perdido ni una sola de sus posiciones marítimas ante los ingleses, mientras que la colonización británica de Virginia se había pospuesto por el momento». Otros argumentan que la derrota de la armada española provocó el traspaso del control de los mares, de España a Inglaterra. El Profesor MATTINGLY contesta que antes de 1588 el poder marítimo inglés en el Atlántico había sido normalmente superior a las fuerzas conjuntas de Castilla y Portugal, y que así seguía siendo, pero tras 1588 el margen de superioridad disminuyó. La derrota de la Invencible no fue el final, sino más bien el comienzo de la Armada española».

Otros aún han atribuido a la derrota de la armada invencible la dislocación de la economía española con la pérdida de las comunicaciones con América. MATTINGLY: «De hecho, más tesoros americanos llegaron a España en los años entre 1588 y 1603 que en cualesquiera otros quince años de la historia del país». Y aún otros han planteado que los sucesos citados «condujeron a la explosión del genio literario que marcó los últimos quince años del reinado de Isabel». MATTINGLY: «La afirmación de una conexión causal entre la derrota de la Armada Invencible y el florecimiento en la dramaturgia isabelina es difícil de refutar; y mucho más difícil, excepto por el método *post hoc, propter hoc*, de probar. No hay vínculo en Inglaterra entre la campaña de Lepanto y cualquier obra literaria, más claro que el que se da en una obra española (*Don Quijote*).»

MATTINGLY mismo cree que hay verdad en la tesis de que los sucesos de la Armada Invencible «decidieron que la unidad religiosa no debía reimponerse por la fuerza a los herederos de la Cristiandad Medieval». Pero esta afirmación, moderada tal como está en el libro del autor citado, puede también rechazarse con el método del *pro hoc*. Lo definitivo de la fragmentación de la Cristiandad estaba ya claro antes de la partida de la Armada. Si había muchos católicos y protestantes ciegos ante este hecho, la derrota no pudo desprender las escamas de sus ojos por muchos años después. Mejor argumento sería el papel causal de esos sucesos en el crecimiento del nacionalismo británico, pero hasta esto habría que matizarlo, tanto considerando las agitaciones nacionalistas anteriores a 1588 como la persistencia de los lazos subnacionales y supernacionales en Inglaterra después de esa fecha.

En breve, parece que la derrota de la Armada española, por potente y melodramática que fuera, pudo bien ser claramente algo inútil en sus resultados. Dicha derrota no parece haber conllevado grandes efectos, excepto acabar con la estrategia española que la tenía como maniobra principal. Este criterio seguro que viola los instintos patrios de todo inglés y la sensibilidad estética de

todos nosotros. Un gran suceso *debe* tener grandes resultados, pensamos. Pero esta es la falacia de la identidad, que trataremos después.

La falacia de la prioridad absoluta asume que debe haber un primer término absoluto en cualquier serie causal, y que si el suceso A1 causa el suceso B1, la mismo no puede ser cierto de B1 y A2.

Hay muchos problemas de la causalidad histórica en los que la relación interactiva entre A(n) y B (n) tiene más sentido que ninguna otra. ¿Causó el Protestantismo la rápida expansión del Capitalismo en Europa y América? ¿O fue el Capitalismo el que expandió el Protestantismo? Los historiadores han discutido sobre esta cuestión durante tres generaciones. Seguramente existió una interacción entre estos dos grandes movimientos. Es imposible decir cuál fue el primero de ellos, porque existieron proto-capitalismos y proto-protestantismos datables incluso en el Libro del Génesis.

Los historiadores norteamericanos parecen igualmente determinados a encontrar una causa primera de otro problema, también viejo de hasta tres generaciones historiográficas. ¿Causó la inferioridad de los negros americanos el prejuicio anti-negro, o fue el prejuicio el que causó la inferioridad? Se han aventurado argumentos a favor de ambas proposiciones. Pero Gunnar MYRDAL más certeramente indica, que hubo un círculo vicioso en el que el prejuicio causó la inferioridad y la inferioridad alimentó el prejuicio. Desde el principio mismo hubo un intenso sentimiento contra los negros en la cultura angloamericana, y la naturaleza del proceso de aculturación fue tal que los negros estuvieron en una posición y condición cultural (*pero no* racial) inferior desde el principio mismo.

* * *

Una minoría de historiadores ha intentado tratar el problema de la motivación histórica de modos más satisfactorios, aplicando la teoría de FREUD directamente a sus temas. Ni más ni menos que ya en 1913 un historiador norteamericano probó suerte con una interpretación psicoanalítica de Martín LUTERO²⁴. Ha habido muchos otros proyectos de similar naturaleza en los últimos cincuenta años, y pocos han generado visiones útiles y constructivas de los problemas históricos²⁵.

²⁴ Preserved SMITH, «Luther's Early Development in the Light of Psychoanalysis», *American Journal of Psychology*, 24, (1913: 360-377).

²⁵ Alexander y Giuliette GEORGE, *Woodrow, Wilson y Colonel House: A personality Study* (Ny 1956); William B. WILLCOX, *Portrait of a general: Sir Henry Clinton in the war of Independence* (N.Y., 1964); Fawn BRODIE, *Thaddeus Stevens* (N.Y., 1959); Erik ERIKSON, *Young Man Luther: a Study in Psychopanalysis and History* (N.Y., 1962); E. R. DODDS, *The Greeks and the Irrational* (Berkeley, 1951); Lewis EDINGER, *Kurt Schumacher: a study of the Political*

Estos experimentos han terminado en fracaso más frecuentemente que en éxito. Comúnmente han consistido en atracos freudianos sobre la Historia, o bien atracos históricos sobre Freud. Los resultados han variado de lo altamente dudoso a lo directamente falso.

La *falacia patética* es la adscripción de conducta animada a objetos inanimados. En la definición de Arnold TOYNBEE, «la dotación imaginativa de vida a objetos inanimados»²⁶. Comúnmente la falacia patética toma la forma del antropomorfismo o antropopatismo, en la cual se da forma humana y sentimientos humanos a dioses, grupos, objetos, etc.²⁷. Hay muchos ejemplos de la falacia patética en la escritura histórica explícita —por los conservadores que temen a la bestia bolchevique—, liberales que se quejan de la astucia del capitalismo, historiadores intelectuales que hablan de la mente ilustrada o historiadores institucionales a quienes les gustaría tener a una Madame Libertad remangándose las faldas y saltando las barricadas, como en la famosa versión de DELACROIX de la Revolución de 1830.

Es a menudo difícil distinguir esta falacia de lo que puede ser simplemente una figura retórica algo exagerada. Y es igualmente problemático poner el límite en el cual conductas individuales pueden transferirse a grupos. ¿Existe algo llamado carácter nacional? Para mejor o para peor, muchos historiadores y científicos sociales creen que así es, y algunos hablan de él como si se tratara de una persona. A veces la intención es meramente metafórica. Pero es extremadamente dudoso y peligroso que esa imagen entre en nuestra mente, pues fácilmente perderemos el control sobre la misma. Considérese el caso del libro de Henry STEELE COMMAGER *La Mente Americana*. En su prefacio, el autor explícitamente reconoce la naturaleza ficticia de su título. Pero en el primer capítulo la ficción se hace realidad y COMMAGER empieza a pintar a rasgos simples y rápidos un retrato del «Norteamericano». Sesenta millones de mentes se hacen mágicamente una sola, y el autor recita una larga lista de rasgos singulares:

Behaviour (Standford, 1965); Rudolph BINUION, *Frau Lou: Nietzsche's Wayward Discipline* (Princeton, 1968); Lewis NAMIER, «King George III: A Study of personality», *Personalities and Powers* (London, 1955), 39-58; y a pesar de las críticas de los *cognoscenti* Ernest JONES, *The Life and Work of Sigmund Freud*, 3 vols. (N.Y., 1953-1957).

²⁶ TOYNBEE, Arnold, *A Study of History*, 12 vols. New York, 1935-61, 1:8; 12:45; 116.

²⁷ A veces otras formas de vida son el modelo, como cuando Theodore ROOSEVELT escribió un discurso en el que hablaba del mundo como un jardín zoológico y comparaba a todas las naciones con animales específicos como los monos, hienas, hipopótamos, truco interpretativo que fue desaconsejado por su sabio amigo Elihu ROOT, no por sus deficiencias lógicas, sino simplemente por su torpeza diplomática. ROOT sugirió solemnemente que ROOSEVELT retirara todas las frases que pudieran provocar guerra entre Estados Unidos y otros países.

«El norteamericano es incurablemente optimista... tiene poco sentido del pasado... tiene ideas amplias, su imaginación abarca un continente, y se impacienta con las operaciones diminutas... confía en el espíritu del trabajo duro... Su tendencia a lo cuantitativo ha encantado su pensamiento... Las teorías y especulaciones molestan al norteamericano, y huye de las filosofías abstrusas sobre gobierno, o sobre conducta... Su religión, a pesar de los antecedentes calvinistas, es práctica. Es más religioso que devoto... La actitud norteamericana hacia la cultura fue antes sospechosa e indulgente. Cuando interfería con actividades más importantes, desconfiaba de la misma; cuando constituía la recreación de sus horas de ocio o de su población femenina, la toleraba... El sentido de la equidad permea la vida norteamericana y su pensamiento... El americano tiene buen natural, es generoso, hospitalario y sociable... La cualidad más persistente y extendida del norteamericano es el descuido... la actitud norteamericana hacia la autoridad, las reglas y las normas es el desprecio de la burocracia y la disciplina... El norteamericano era antes inteligente y conservador, independiente y digno de confianza... Era romántico y sentimental... El norteamericano tenía un agudo sentido de la honradez...»²⁸.

Todas estas cualidades pertenecen sin duda a algunos norteamericanos, y algunas de ellas quizás describan bien a la mayoría de ellos. Pero en el libro de COMMAGER conforman una especie de ser superior llamado «el norteamericano», criatura que parece poseer no solamente un conjunto de rasgos mentales normativos, sino una mente y voluntad autónomas. El uso por COMMAGER de la personificación hace imposible al lector distinguir un instrumento retórico de una estructura conceptual. Además al propio COMMAGER también le dificulta tal distinción.

* * *

Otro tipo de ambigüedad consiste en el uso de un término antiguo de un modo nuevo, sin avisar de ese nuevo uso. Sir Lewis NAMIER proporciona un divertido ejemplo de una señora victoriana que se quejaba de que no le gustaba una casa porque era «demasiado romántica». Quien la escuchaba le preguntó: «No entiendo qué quiere usted decir con que es romántica» Y la dama victoriana respondió: «Cuando digo romántica quiero decir húmeda»²⁹.

Hay muchas ambigüedades de este talante en los escritos de la llamada Nueva Izquierda norteamericana. Todo radical de sangre roja sabe que el liberalismo americano es en realidad totalitarismo, y que la democracia america-

²⁸ Henry STEELE COMMAGER, *The American Mind, an Interpretation of American Thought and Character Since 1880*, New haven 1950, pp. 3-40, *passim*.

²⁹ Sir Lewis NAMIER, «History and Political Culture», en FRITZ STERN, ed., *Varieties of History*, N.Y., 1956, p. 386.

na es en realidad tiranía, y que la libertad americana es una suerte de esclavitud, y que la tolerancia estadounidense no es tal tolerancia y que la sociedad abierta americana es en realidad un gigantesco campo de concentración alambrado de espinos invisibles. Para los no iniciados, los significados de esas palabras parecen estar retorcidos más allá de su límite. Quizás la confusión se debe a la tozuda determinación de los radicales americanos de conceptuar su propia sociedad en términos tomados de otra muy diferente. La irrelevancia de dichos términos se oculta con la ambigüedad de la gente que los invoca.

Una forma especial de ambigüedad puede llamarse la falacia de etceteración. Ocurre cuando un historiador, enumerando evidencias, o categorías, o tipos, o razones, intenta disfrazar un problema o quizás la pobreza de su material empleando la abreviatura «etc». Un ejemplo nos lo da MAITLAND, quien descubrió que ELIZABETH I fue la primera monarca inglesa en añadir las palabras *et cetera* a su título. MAITLAND sopesó la cuestión, y finalmente llegó a la siguiente conclusión:

«No hay duda de que fue una defensora de la Fe, aunque no podemos asegurar qué fe defendiera. ¿Pero es eso todo? ¿Fue ella o no la Cabeza Suprema de la Iglesia de Inglaterra e Irlanda?..Un problema difícil. En ambos sitios había hombres con opiniones extremas que concordaban en que la solución no se obtendría en ningún libro estatutario terrenal. ...Entonces ocurrió algo afortunado. Su majestad se etceteró a sí misma. Esto dejó sus manos libres, para poder explicar el verdadero significado de esa etceteración cuando la ocasión lo requiriese. Así la reina Isabel I se hizo la primera dignataria inglesa que «solemnemente etceteró».

El «*et cetera*» probablemente significaba Reina de Inglaterra «y (si sucesos futuros así lo deciden, pero no en otro caso ni más allá) Cabeza visible en la tierra de la Iglesia de Inglaterra y también de la de Irlanda»³⁰.

Otro inglés etceterado solemnemente fue George W. WASHINGTON en la revolución americana. En julio de 1776 los hermanos HOWE dirigieron una proposición de paz «A George WASHINGTON, terrateniente, etc. etc.». El destinatario rechazó la carta por la razón de ser él el General WASHINGTON. Los remitentes replicaron serenamente que el «etc., etc.» incluía todos los títulos que el terrateniente George hubiera querido tener. La batalla continuó de un modo decididamente menos ambiguo³¹.

La falacia de anfibología aparece en los argumentos en los que el significado está oscurecido por una mala sintaxis: mala gramática o pobre puntuación, o ambas cosas. Problemas de este tipo se desarrollan normalmente en

³⁰ Frederic MAITLAND, «Elizabethian Gleanings», *Collected papers*, 3:1576-56.

³¹ John R. ALDEN, *A History of the American revolution* N.Y., 1969, p. 265.

tres modos específicos. Primero, pueden derivarse de un pronombre relativo con más de una referencia posible. El ejemplo clásico es «Dijo: Ensilládmelo (el caballo). Y le ensillaron a él». En segundo lugar, la anfibología puede surgir de un modificador adverbial desplazado, como en la definición proverbial de la Antropología como «la ciencia del hombre que abarca a la mujer». En tercer lugar la anfibología puede ser resultado de una construcción elíptica, como en un cartel de guerra que apremiaba a todo el mundo a «ahorrar jabón y papel higiénico»³². Los siguientes ejemplos historiográficos son hipotéticos:

1. «El rico mobiliario de madera Chippendale era realizado por artesanos coloniales, con sus patas curvadas y sus ganchudas pezuñas».
2. «Muchos norteamericanos se sintieron ultrajados cuando el presidente Theodore Roosevelt cenó (con) un Negro».
3. La medidas del New Deal fueron comprensiblemente populares, pues muchos hombres tuvieron un trabajo, y las mujeres.
4. «El barco fue bautizado por la Sra. COOLIDGE. Las líneas de su parte trasera fueron admiradas por una multitud entusiasta».

A veces un documento principal sufre una operación anfibológica por parte de un editor descuidado. Éste hace un pequeño cambio en la gramática o puntuación, con una gran alteración en el significado. Dos historiadores del siglo XIX, Henry CABOT LODGE y Henry ADAMS citaron ambos erróneamente una carta de un federalista de Nueva Inglaterra, Stephen HIGGINSON, a Timothy PICKERING, sobre el tema de la desunión, como sigue: «He visto sus cartas a Mr. CABOT y Mr. LYMAN sobre la cuestión de la separación, que es muy importante y delicada, considerada en abstracto. Todos estamos de acuerdo en que no hay duda de que es deseable». Pero el manuscrito realmente decía: «He visto sus cartas a Mr CABOT y Mr. LYMAN sobre la cuestión de la separación, que es muy delicada e importante. Considerada en abstracto todos estamos de acuerdo en que no hay duda de que es deseable». Dos pequeños cambios en la puntuación junto con errores en otras partes de las cartas provocaron el resultado de hacer aparecer a HOGGINSON más favorable a la desunión de lo que lo estaba»³².

* * *

Si todo esto parece lejano al oficio diario de un historiador, consideren los usos siguientes comunes de hipérbole, en los que el autor se confunde tanto

³¹ Carta fechada el 17 de marzo 1804, aparece en Lodge, *The Life and Letters of George Cabot* (Boston, 1877), p. 453, y Henry B. ADAMS, ed., *Documents Relating to New England Federalism* (1800-1850), New York. E. (Waste paper, Papel higiénico, significa literalmente «gastar papel»).

como sus lectores. Los historiadores son conocidos por su tendencia a escribir «siempre» cuando quieren decir «a veces», «a veces» cuando quieren decir «ocasionalmente» y «ocasionalmente» cuando pretenden «rara vez», y «rara vez» por «una vez». En la escritura histórica «ciertamente» significa «probablemente», y «probablemente» significa «posiblemente», y «posiblemente» significa «puede darse».

Similarmente la frase «No necesita comentario» debe traducirse a veces como «no sé qué comentario necesita». Cuando un historiador escribe «Se desconoce» puede significar «Yo lo desconozco», «No lo sé» o incluso «No podría decir nada». La expresión «De hecho» a veces significa simplemente «En mi opinión». Y las expresiones «Indudablemente» o «Sin lugar a dudas», o «Más allá de toda duda» deben leerse a veces: «Existe un elemento de duda que yo, el autor, no considero».

Otra variación familiar en este melancólico tema es la tendencia a convertir el veredicto de un historiador en «el veredicto de la Historia». Arthur SCHLESINGER Jr. parece estar habituado a este feo uso. Y cuando escribe «Y así LANDON pasó a la Historia» (P. 232) quiere decir «ya he terminado con Alf por ahora»³³.

Otra figura de similar cariz es la hipérbole «Todo escolar sabe». Si todos los escolares supieran cuanto MACAULAY cree que saben, serían todos *honoris causa* de la universidad por su omnisciencia. «Todo escolar sabe...quién estranguló a ATAHUALPA», escribe MACAULAY. Dudo que ningún escolar moderno, que no sea del Perú sepa ni quién era ATAHUALPA, mucho menos cómo murió. Quizás las cosas eran diferentes cuando PRESCOTT era popular, y no había tantos estrangulamientos que recordar. Pero en general la frase «todo escolar sabe» quiere decir «algunos escolares aplicados han olvidado ya, o no resaltan suficientemente, el hecho siguiente».

* * *

Adlai STEVENSON gustaba contar un cuento de sí mismo, que contiene la falacia del acento. Durante la campaña presidencial de 1956 llegó al aeropuerto de Chicago donde le esperaba una enardecida multitud. En la primera fila había una enorme mujer embarazada, que llevaba una gran pancarta que decía «STEVENSON ES EL HOMBRE»³⁴.

Un ejemplo historiográfico aparece en un artículo de M. ROSTOVITZEFF, «El Declive del Viejo Mundo y su Explicación Económica». El autor examina la

³³ The Coming of a New Deal, Boston 1959, 175 *passim*.

³⁴ Kenneth S. DAVIS, *The Politics of Honour: A Biography of Adlai Stevenson* (N.Y., 1967), p. 363.

exactitud de las interpretaciones del «declive de la civilización antigua» y concluye inteligentemente que todo depende del modo como acentuemos tal frase. Si hablamos del declive de la civilización *antigua* es una cosa. Pero si hablamos del declive de la *civilización* antigua es otra distinta. «Así», escribe ROSTOVITZEFF, «aplicar a sucesos anteriores a los siglos de DIOCLECIANO y CONSTANTINO el término «decadencia» o «declive» es equívoco o injusto. Si, de todos modos, la fórmula «declive de la civilización antigua» es acentuada en la palabra «antigua» y no en «civilización», estaremos más en lo cierto...»³⁵.

Otro ejemplo, esta vez de la Historia norteamericana, proviene de una frase de la Declaración de Independencia. «Todos los hombres son creados iguales». Uno se pregunta si JEFFERSON quería decir «Todos los hombres son *creados* iguales» o bien «Todos los hombres son creados *iguales*». Si es la primera, pudo estar de acuerdo con Nathaniel AMES, quien observó que:

«Todos los hombres son creados iguales
pero difieren mucho a continuación»

Y si quiso decir lo otro, entonces aparece una idea más extensa de igualdad.

En la noche del 4 de julio de 1826, decimoquinto aniversario de la Declaración de Independencia, JEFFERSON y John ADAMS murieron dramáticamente con unas pocas horas de diferencia. Las últimas palabras de ADAMS las dijo a media noche, despertando brevemente y preguntando: «¿Vive aún Thomas JEFFERSON?», para volver de nuevo a la inconsciencia. Algunos historiadores entienden la pregunta como un noble tributo al tercer Presidente. Pero uno se pregunta qué quiso decir ADAMS con su délfica frase. Quizás lo dijo entre gruñidos, y significando: «¿Todavía vive ese rubio hijo de puta?»

La insinuación es una forma de la falacia del acento. Hay muchos finos ejemplos de insinuación en las reflexiones sobre caracteres y reputaciones en la obra de TÁCITO. Un estudioso de su obra elogia «su habilidad para servirse de todos los recursos disponibles del latín para expresar antítesis e insinuaciones»³⁶. Un ejemplo menos sutil, que saca de su tosquedad cierta claridad ilustrativa, fue cometido en la Nueva Inglaterra del diecinueve por un cura y que aparece en una reciente biografía de las hermanas GRIMKÉ:

«Viajando en un barco a New Haven, James G. BIRNEY encontró al reverendo Leonard BACON, pastor de la Primera Iglesia Congregacional de New Haven. Aprovechando la ocasión, le preguntó por una frase atribuida a él sobre Sarah Grimké.

³⁵ M. ROSTOVITZEFF, «The Decay...». *Economic History Review*, 2 (1930), 197-99.

³⁶ John JACKSON, Introducción a Tácito. *The Annals*, (Londres, 1931), p. 238.

«¿Qué frase es?» preguntó el Rev. Bacon.

«Me han dicho» dijo BIRNEY, «que hablando del fanatismo una vez en Nueva Inglaterra, usted había contado que una mujer cuáquera se paseaba públicamente por las calles de Salem *desnuda como vino al mundo*, pero que la Srta. GRIMKÉ no había hecho tal cosa *todavía*. ¿Dijo usted eso?»

«Lo dije», admitió rápidamente, y tras una pausa añadió: «Y ¿quién sabe si debí decir que lo hizo a secas?»³⁷.

Si la insinuación es entendida de modo general, significando cualquier connotación expresiva, no puede ser eliminada de nuestro lenguaje. Algunos lo han intentado, con desesperados expedientes. Se dice que Jeremy BENTHAM temía tanto la falacia del acento que deliberadamente usaba a un lector con una voz perfectamente monótona. Pero incluso la monotonía puede producir una falacia de acento en un estilo que requiera, por ejemplo, variaciones tonales, como ocurre en el estilo inglés. El único medio racional es trabajar para controlar las connotaciones, incluso, las insinuaciones, de modo que los significados velados estén adecuados al propósito del autor, y contengan razón y exactitud empírica. La falacia del acento no consiste en el uso del énfasis, sino en un uso deshonesto o inadecuado.

(Las sucesivas falacias han sido tomadas de las páginas: 15-16; 28-29; 31-32; 34-35; 36-37; 74-75; 90-91; 124-125; 140-141; 149-150; 166-167; 178; 188; 192; 266; 267; 270-271; 272-273; del texto original.)

³⁷ Gerda LERNER, *Las hermanas Grimké del Sur de Carolina*, Boston, 1967, p. 196.